

El pensamiento teológico de Mario Briceño-Iragorry

Wagner Rafael Suárez

INTRODUCCION

Antes de dar curso al presente artículo es necesario hacer algunas aclaraciones previas. Mario Briceño-Iragorry no fue un teólogo en el estricto sentido de la palabra; es decir, un teólogo académico o de profesión. Tampoco fue un militante cristiano activo. Fue un intelectual católico, autodidacta en su formación filosófica y teológica, que hizo del cristianismo parte esencial de su vida y que intentó reflexionar a Venezuela, sus problemas y posibilidades, desde la centralidad del Mensaje Evangélico. Esto nos obliga a precisar en qué sentido es posible hablar de un "pensamiento teológico", y no sólo de una simple reflexión cristiana, en nuestro autor.

Vamos a aquilatar, al respecto, algunos puntos importantes a mi modo de ver. En primer lugar, si bien es cierto que el que hacer fundamental de Mario en el campo intelectual no estuvo centrado en la producción teológica con el rigor científico que ella requiere, sin embargo, su formación filosófica y teológica es vasta y profunda. Mario Briceño-Iragorry fue un lector voraz. La cantidad de obras citadas en sus escritos, en el campo de la filosofía y la teología de su época, son numerosísimas. De igual forma se percibe en su docta obra escrita un trasfondo en esos campos que muchas veces no está explicitado a nivel bibliográfico. Hago esta aclaración porque para algunos perspicaces críticos, anclados en una concepción rigurosamente académica de lo que significa hacer ciencia, les puede resultar pretencioso y atrevido hablar de un pensamiento teológico en un laico, no teólogo académico. Usando esa misma lógica cuántica me "sabría a poco" reducir su producción teórica en el campo teológico al nivel de simple reflexión cristiana.

Es necesario acotar otro aspecto que de igual forma me parece importante. Se trata de la manera de entender qué es y cómo se hace teología. Indudablemente hay un

nivel de exigencia, por ejemplo el referido a la rigurosidad del método y del lenguaje en toda disciplina científica, accesible por razones obvias de oficio al teólogo de profesión. Ese nivel es importante reconocerlo cuando hablamos de la existencia de un pensamiento teológico. En Mario Briceño-Iragorry existe esta rigurosidad científica al provenir de otros campos no menos exigentes como el de la historia y el derecho. Lo que no existe en el desarrollo conceptual de Mario son tratados sistemáticos de teología. Es un material fragmentado, recogido mayormente en artículos y ensayos breves, que el autor fue elaborando a lo largo de su dinámica y accidentada vida. Sin embargo, sí se detectan constantes desde la perspectiva teológica, como veremos en adelante, en su prolífica producción intelectual. De todas formas el caso de Mario Briceño-Iragorry no es único en Venezuela ni exclusivo de la teología. Existen muchos autores latinoamericanos de quienes se duda, desde una perspectiva diríamos que europea, de que hayan elaborado un pensamiento filosófico y teológico serio por esta carencia de oficio. En todo caso si al crítico avezado no le convencen estos argumentos que resaltan la importancia de nuestros autores latinoamericanos aunque no sean académicos de oficio, siempre me queda a mí el recurso de teologizar sobre lo teologizable (en este caso sobre la reflexión cristiana de un intelectual católico venezolano), y salvar así la propuesta inicial que sugiere el título de este artículo.

Por último, quisiera señalar que en América Latina estamos empeñados en elaborar un pensamiento teológico —léase teología— que se articula en varias instancias (1) y que partiendo de la propia vida, de la manifestación difusa y espontánea de la fe, llega a formalizarse finalmente en cuerpo conceptual riguroso. En este proceso el punto de partida, la vida y su contexto, le es absolutamente necesario. Porque la teología, como proceso y como ciencia, no puede ser atributo exclusivo

del teólogo académico. Dentro de esta dinámica el pensamiento de Briceño-Iragorry cubre algunas de esas instancias y a veces —repito que sin ser sistemático— toca el nivel de rigurosidad científica necesario como para insinuar que en su reflexión hay un pensamiento teológico. Veamos cuáles son esas formulaciones principales:

1. PRIMERA ETAPA

Proyectos reestructuradores de la Iglesia han existido siempre. Uno de ellos, de honda significación eclesial, fue emprendido por Gioacchino Pecci, quien al ser elegido Papa en 1878 adoptó el célebre nombre de León XIII. Este Papa se encontró ante dos alternativas distintas. Asumir una postura de inmovilidad eclesial ante las profundas transformaciones del mundo moderno —y del siglo XIX en concreto— que habían acorralado y hostigado a la Iglesia, o intentar una adaptación de la Iglesia a los cambios de la época tomada incluso la iniciativa respecto a algunos acontecimientos decisivos. Su elección, y las líneas programáticas que se desprenden de su papado, implicaron la adopción de esta segunda alternativa.

Es tarea ímproba resumir en breves líneas un pontificado como el de León XIII. Pero si de alguna forma es posible resaltar algún aspecto programático importante de ese período, pertinente para entender posteriormente el contexto y las fuentes del pensamiento teológico de Briceño-Iragorry, tendríamos que decir que León XIII intentó recuperar el marco ideal-moral donde se había desenvuelto la Iglesia en épocas de esplendor precedentes y compatibilizarlo, a la vez, con las transformaciones político-culturales del nuevo momento. Como en casi todos los períodos de reestructuración se percibía una gran nostalgia por el pasado, por el período en que la Iglesia fue gloriosa, mientras que acrecía la crítica hacia el presente, hacia los fundamentos de la civilización moderna. La teología de finales del siglo XIX y comienzos del XX refleja esta gran añoranza por el pasado y cierto pesimismo por el presente. La primera guerra mundial venía a ser como la prueba ineluctable de que los fundamentos de la civilización moderna, que prometían progreso y prosperidad, estaban trastocados. Lograr un nuevo encuadre social de la Iglesia en las condiciones modernas y recuperar —repito— el clima moral-espiritual que le había sido propicio a la Iglesia era el gran objetivo. Este proyecto histórico de León XIII tuvo una gran incidencia en América Latina a partir del Concilio Plenario Latinoamericano celebrado en

Roma en 1899, y comienza a formalizarse coherentemente en Venezuela desde inicios del siglo XX, durante el Arzobispado de Juan Bautista Castro y con la primera reforma pastoral de 1904. Esas son algunas de las coordenadas principales para entender los planteamientos de Briceño-Iragorry en el campo teológico. Veamos en concreto su contenido durante esta primera etapa:

1.1. La Civilización Caída

La insistencia en la necesidad de recuperar los fundamentos espirituales que animaron la sociedad tradicional es uno de los planteamientos centrales de Mario Briceño-Iragorry durante este período. Según nuestro autor (en una de sus obras tempranas titulada "Ventanas en la Noche" (2) el esplendor, creatividad y armonía que alcanzaron las civilizaciones antiguas se debió a que perseguían un ideal superior, sustentado en principios espirituales, y colocado más allá de los intereses tangibles y de la materialidad de los hechos. Este ideal superior, variable en las distintas civilizaciones antiguas, es a la vez una constante en todas ellas y se habría perdido con el advenimiento del mundo moderno lanzado más bien a la procura del bienestar inmediato y de un pragmatismo prometedor de felicidad. Al trastocarse los fundamentos espirituales de antaño se habrían reducido, para nuestro autor, las aspiraciones de la humanidad a mero plano de lo tangible y terreno, y la tensión que impulsaba la creatividad humana hacia ideales superiores habría sido sustituida por la ramplona utilidad.

Al renunciar a los valores eternos del espíritu creadores de unidad y armonía la humanidad entró en la era de lo relativo y lo múltiple —según nuestro autor— y con ella llegó aparejado el nihilismo espiritual y el vacío, dos características que signan el pensamiento de comienzos del siglo XX, incapaz, para Briceño-Iragorry, de dar respuesta a las grandes preguntas del hombre y de la historia. La primera guerra mundial, engendrada en el seno mismo de la sociedad moderna, era la evidencia de la crisis de esa sociedad, contradictoria con la promesa de felicidad y progresivo bienestar.

Si la sociedad del presente estaba en crisis por causa de haber abandonado los principios espirituales que alentaron los períodos de armonía del pasado era lógico que don Mario abogara por la recuperación de esos principios inspiradores en el contexto nuevo de la sociedad moderna. El materialismo moderno y sus variadas formas de expresión eran el gran enemigo a vencer.

1.2. El retorno a Babel

Según Briceño-Iragorry, Babel es el símbolo bíblico que representa el momento en el cual la unidad del género humano desaparece: "El fracaso de los hombres post-diluvianos —dirá— al pretender hacer algo tan alto que venciese el poder de los mares, representa la hora de la ruptura del Uno, de la homogeneidad racial, de la justicia, de la lengua, del derecho y del ideal" (3).

La humanidad vuelve la mirada hacia el instante en el cual la unidad del género humano estalla en mil pedazos. Es una mirada de reconocimiento hacia el pasado para concienciar que el camino emprendido desde entonces condujo a la civilización hasta la decadencia presente... "y cuando la larga experiencia de los siglos ha demostrado la relatividad de casi todas las conquistas humanas, cuando la humanidad llora sobre los basamentos de su civilización decadente la pérdida de lo que creyó para siempre, como los judíos la ruina de sus templos o la hora crepuscular del sexto día, los hombres miran hacia el camino que traficaron hace mucho y que les llevará acaso al sitio de la dispersión..." (4)

La humanidad, transida de dolor, anhela la recuperación de los antiguos principios, es la apreciación de don Mario. Aires de humanización, de nuevo renacer, colman los deseos de la sociedad. Unidad y armonía son los gritos esperanzados de las nuevas generaciones. Por eso nuestro autor usa la imagen del viaje, del retorno a Babel, como añoranza por la unidad perdida y como alternativa para reconstruirla.

1.3. La exaltación del espíritu y el renacer místico

Para Mario Briceño-Iragorry había llegado la hora de la universalidad y la justicia, la hora del triunfo del espíritu. La campanada había resonado por todo el orbe. El espíritu humano se disponía a reconstruir la esperanza de la humanidad sobre bases sólidas. La reconstrucción de la civilización debía hacerse en base a principios diametralmente opuestos a aquellos de la civilización del presente. Si se había pregonado un materialismo radical de nefastas consecuencias para la humanidad, la nueva civilización, en cambio, debía encaminar sus pasos por la vía que marcaba la exaltación del espíritu.

Parte de la catástrofe del siglo se explicaba, según don Mario, por una crisis de misticismo. El misticismo es para nuestro autor "la resurrección en el alma de occidente de viejas tendencias de la raza, dor-

midas hacía mucho, pero que en el momento de la caída de la civilización materialista del siglo XX surge como iniciación del nuevo siglo cultural" (5). En la mentalidad del autor el misticismo a que apela no implica una especie de letargo ante el dolor humano, "como un fenómeno de decadencia que prospera en la tarde de todas las civilizaciones" (6); es más bien una especie de "ganancia energética" que dinamizaría el inicio de una nueva era.

1.4. La hora del cristianismo

Llegamos a un punto crucial en la reflexión de Mario. Desde su perspectiva, el proceso de reconstrucción que debía operarse en la sociedad sólo era posible realizarlo desde la Iglesia de Cristo. "... Y así los ojos llorosos, los corazones desgarrados, los labios suplicantes se tornan en una larga oración al Crucificado, vivo siempre en la conciencia de la raza y dormido sólo por tres días, más o menos largos, en el espíritu de aquéllos que le hemos asesinado por segunda vez" (7).

Después de la guerra asistíamos a un período de florecimiento y revitalización del ideal religioso. Esto lleva a Mario a afirmar que "renace la fe en el Nazareno con más fuerza que nunca, con vigor nuevo, con alas de más pujante envergadura" (8). En don Mario crecía la convicción de que "la confraternidad de la raza sólo será realizable por la comunidad de una idea cristiana" (9), de allí el papel protagónico y relevante que le otorgará al cristianismo en ese proceso de reconstrucción.

El ideal cristiano cobraba una vigencia plena, sobre todo, en momentos en que se percibía, en la mentalidad de Mario, el fracaso de los principios de la civilización materialista. Se debía enfatizar la necesidad de elaborar un concepto de justicia plena emanado de las fuentes del cristianismo. Dirá: "(...) Y aún después, señores, de veinte siglos de cultura cristiana, después de veinte siglos de enunciado desde la Montaña milagrosa el código de la más notable justicia humana, permanece el hombre, y con él la raza entera, con aquella misma hambre y con aquella misma sed que sólo saciaron las palabras de Cristo" (10).

Sólo desde el cristianismo, desde esa gran escuela de la fraternidad humana, era posible —según Mario— elaborar ese concepto de justicia plena que colmara las horas de fatiga por que atravesaba la humanidad. En una frase pletórica de convicción cristiana afirmará: "Estamos, señores, en el período más intenso de vida del pensamiento cristiano y es lógico esperar que de él surja una valorización de la justicia en concordancia con las fórmu-

las nazarenas" (11). El espíritu de justicia que rezuma el Evangelio anunciado por Cristo debía ser el horizonte sobre el cual se reestructuraría la entera sociedad.

1.5. Hacia un cristianismo social

En 1921, el escritor italiano Giovanni Papini escribe una obra titulada la "Historia de Cristo". La obra produjo un impacto enorme en la conciencia de Mario Briceño-Iragorrry. Representaba, según la propia opinión de don Mario, "la expresión vehemente de un alma atormentada que busca la sombra del Nazareno en medio de la economía social del siglo" (12).

El Cristo de Papini llenaba el vacío ante la bancarrota de los credos racionalistas prometedores de bienestar social. Era a la vez un Cristo vivo, encarnado, actual y humano. No era un Cristo dirigido a los cristianos de fe segura; ellos ya tenían, en opinión de don Mario, sus versiones aseguradas. Era un Cristo para el hombre de frontera, para el hombre en crisis, para el hombre moderno decepcionado de los credos racionalistas. Al respecto dirá: "Para quienes ya miran a Cristo como al Hijo de Dios, están los textos aprobados por la ortodoxia romana: Didon es la lectura serena para cristianos de fe: para los otros, aquellos que han querido ver en el Nazareno una adorable figura similar a la de Gautama o un ente asequible a la crítica, están el racionalista Ernesto Renán, el destructor Strauss, el teósofo Schuré o el blasfemo Binet-Sanglé..." (13) Y además añade, respecto al Cristo pergeñado por Papini, estas maravillosas palabras cargadas de un profundo conocimiento de la cristología:

"Es un Cristo acaso semejante al Cristo 'feo' de la escuela rusa, ya desvirtuado en muchos por el misticismo anárquico de los eslavos comunistas; un Cristo posible en medio de la sociedad de los hombres, lleno a su vez del espíritu del Padre Todopoderoso. Aquel Cristo que Mateo pintó judío para evangelizar los pueblos de la Antigua Ley, que Marcos hizo breve y rotundo para presentarlo a sus oidores de la Ciudad Eterna, a quien Lucas ofreció delineamientos de una delicadeza ática para llevarlo a la adoración de los viejos esclavos de Júpiter Olímpico y a quien Juan el visionario describió como Luz de Dios en la tierra para acabar la simiente de las herejías que aún después necesitaron de la entereza de Atanasio, ese Cristo, uno ya en la enseñanza de San Pablo, con todos los atributos de Hijo de Dios y de Hijo de Hombre, lo presenta Papini a la meditación de los hombres del siglo en marco nuevo sobre cumbres accesibles." (14)

Era necesario resucitar a Cristo, lo cual significaba en la concepción de don Ma-

rio, "representar, con palabras nuevas y con referencias a la actualidad, su eterna verdad y su historia inmutable" (15) siempre vigente y actual. El fin último de recordar el significado vivificador de la resurrección de Jesús era la construcción de un cristianismo social conformado según los criterios de eterna justicia del Nazareno: "Y resucitado en nosotros, puro con el triunfo sobre la muerte que es vida, hacer un cristianismo social, activo en obras nuevas, que redima la tierra de un modo pleno" (16). Las estructuras sociales debían irse conformando cada vez más con los principios cristianos. No podía existir antagonismo entre estructura social y vida cristiana, y si de hecho se daba una enorme distancia era, para Briceño-Iragorrry, producto de la falta de compromiso de los cristianos: "La aparente oposición entre la perfecta expansión de la vida cristiana y los intereses sociales en general, ha estado determinada por la falta de matiz social en las obras cumplidas por las masas bautizadas. Podríamos decir que Cristo no ha entrado de lleno en la vida ciudadana..." (17).

BREVE CONCLUSION

Antes de exponer algunas conclusiones parciales de esta etapa primera en la evolución teológica de Briceño-Iragorrry resulta pertinente complementar con alguna información breve. Mario obtiene el título de Abogado en La Universidad de Los Andes en 1920. Pasa posteriormente a Caracas donde tiene oportunidad de entrar en contacto con personalidades del momento y del mundo de las letras. Recibe el Doctorado en Ciencias Políticas en la Universidad Central de Venezuela en 1925. Como complemento de la formación académica, la formación intelectual de don Mario es, en sus inicios, desordenada, anárquica y profusa. Con la madurez que dan los años, la vastedad ecléctica de su formación intelectual afinará la perspectiva hacia lo que él mismo definió como "los problemas del espíritu" desde la perspectiva cristiana. Esta es su columna vertebral fundamental.

En esta primera etapa se destacan dos obras principales desde el punto de vista teológico. Siguiendo un orden cronológico nos encontramos en primer lugar con el libro de "Horas" (1921) compilación de artículos escritos en su mayoría en las ciudades de Trujillo y Mérida. El tinte místico es evidente. La otra obra, "Ventanas en la Noche" (1925), ha sido ya mencionada aquí y citada ampliamente.

La reflexión de don Mario en esta primera etapa coincide con el pensamiento teológico de principios de este siglo y con

el espíritu que animara el proyecto restaurador de la Iglesia. No hay referencias concretas a la situación del país. Es un pensamiento tan foráneo como lo fue el proyecto restaurador de la cristiandad de principios de siglo; pero también porque en Venezuela la estabilización de la Iglesia apenas si comenzaba y el desarrollo teológico era precario. Es normal que a falta de interlocutores idóneos a nivel interno todas las referencias que configuran su pensamiento teológico sean externas y reflejen, más bien, una problemática universalista. El contexto político no deja de ejercer su influencia. Recordemos que estamos en la dictadura de Juan Vicente Gómez. La eclosión crítica de don Mario se producirá en épocas posteriores, pero dejamos esta exposición para un artículo ulterior.

NOTAS

- (1) Al respecto es recomendable leer de Clodovis Boff, *Teología de lo Político*, (sus mediaciones), ediciones Sígueme-Salamanca 1980, 429 pp. También en edición más popularizada de Leonardo Boff y Clodovis Boff, *Cómo hacer teología de la liberación*, Ediciones Paulinas, Madrid 1986, 125 págs.
- (2) Briceño-Iragorrry, Mario, *Ventanas en la noche*. Parra León Hermanos Editores, Caracas 925, 189 págs.
- (3) Briceño Iragorrry-Mario, *Ibid*, p. 13
- (4) *Idem*
- (5) *Ibid.*, pág. 36
- (6) Pág. 37
- (7) Pág. 71
- (8) *Idem*
- (9) *Idem*.
- (10) *Ibid.* pág. 89
- (11) *Ibid.* pág. 91
- (12) *Ibid.* pág. 97. El escritor italiano Giovanni Papini (Florenca) nació en 1881 y muere en 1956. Autor de varias obras, cuenta además de la mencionada, con la afamada cuyo título es "El Juicio del Mundo" (1949) galardonada con el premio Mediterráneo.
- (13) 65. *Ibid.* pág. 98
- (14) *Ibid.* págs. 99-100
- (15) *Ibid.* pág. 100
- (16) *Idem*
- (17) *Ibid.* pág. 101